

A través del espejo

Rutinas gastronómicas

Hugo Hiriart

Las rutinas gastronómicas iluminan con luz discreta, pero firme, épocas, personalidades, vidas. Examinen por ejemplo la glotonería cotidiana de Luigi Pirandello cuando era estudiante en Alemania. Envidiablemente, para nosotros los gordos, Pirandello era un galancete elegante con su barbita estricta, de buena crianza, aburguesado (hasta un grado altísimo para un artista del siglo xx) y lo que aquí interesa, cumplidamente esbelto. Así va:

Nada más despertarse, café con leche con pan y mantequilla; a las 9:30, un bocadillo; a mediodía, sopa, abundante guarnición de carne, un plato de entremeses, fruta, postre y café; a las 4, a elegir, una cerveza, un bocadillo o un café; a las 6, carne o pescado, y para la cena, ensalada, queso y fruta.

Compárese con la austera rutina del emir Feisal durante la rebelión en el desierto, en la Primera Guerra, en la que participó el incomparable T.E. Lawrence:

Antes del amanecer, el imán convocaba a la oración. Pocos minutos más tarde un esclavo traía café dulce. La tienda de Feisal se abría de par en par, invitando a las visitas; después de las noticias de la mañana, le llevaban una bandeja de dátiles y Feisal dictaba a sus secretarios mientras se refrescaba alternativamente con café amargo y té dulce. Hacia las 8 (apenas las 8, obsérvese que la gente del desierto era tan madrugadora como los romanos de la época clásica) Feisal se dirigía a la tienda de recepciones, donde trataba la mayor parte del día los problemas de sus súbditos, aunque hacía un descanso desde el mediodía hasta las 2 para el almuerzo y los asuntos privados. Por la tarde paseaba con sus amigos y después de la oración del atardecer organizaba las patrullas nocturnas. Entre las 6 y las 7 había una comida silenciosa que consistía en las judías,

lentejas, espinacas y dulces del almuerzo, pero con trozos de cordero añadidos a la fuente de arroz. Finalmente escuchaba relatos o canciones de los poetas tribales, en ocasiones Feisal jugaba ajedrez antes de recogerse.

Feisal fue hombre de acción compulsiva, lo mismo que nuestro Hernán Cortés, que tanto padecía en la molicie, una verdadera prisión, para él, a la que se veía constreñido porque, qué le vamos a hacer, la Corona española, paranoide en materia de poder en las Indias, lo juzgaba, como a todos los conquistadores, peligroso y prefería tenerlo cerca y reducido a la inactividad. Por eso se queja Cortés:

Veinte años ha que sigo corte (y añade lo que nos interesa), y vivo con este orden: a las 12 me acuesto y a las 8 me levanto, hasta las 11 despacho negocios, de 11 a 12, como, de 12 a 1 me entretengo con truhanes, con detractores o en pláticas sin fruto; de la 1 a las 3 tengo siesta, de 3 a 6 despacho negocios, de 6 a 8 rúo la corte o doy vuelta a las vegas, y de 8 a 10 ceno y descanso, de 10 a 12 huelgo y platico, de 12 en adelante duermo, como he dicho, más acompañado de ambición y de codicia, o de miedo y malicia, que de quietud ni contento.

Mal acabó, como vemos, don Hernando, ninguneado y además en la miseria, pues, aunque atesoró bienes y metálico, dilapidó su fortuna a ritmo más vivo que el que regía su obtención. Sus restos muestran, narra José Luis Martínez en su preciosa biografía, que sufrió durante su vida torturantes dolores de muelas.

Las rutinas son útiles para memorar: ¿qué hacía cuando tenía doce años, cómo vivía?, puede trasladarse a ¿a qué horas, dónde y qué comía? Estos puntos organizan una respuesta no sólo detallada, sino llena de vivacidad.

Del sufriente don Hernán Cortés no se dice qué comía. No es difícil suponerlo. La dieta debió ser antes que nada austera, como se lee en *El Quijote* o en las novelas picarescas (uno de cuyos temas centrales es el hambre, no cualquier hambre, sino hambre pavorosa, hambre de lobo): pan, queso, vino, alguna olla de carne y verduras... Julio Camba dijo en broma que la comida española se explica como exclusión de moros y judíos. Eso, claro, porque esta cocina se vertebra en el cerdo y sus derivados: chorizos, morcillas, tocinos... *El chancho todo aprovechado* (título de un libro de juventud del gran editor Orfila Reynal) o sólo para estómagos cristianos, perfil étnico de la cocina española.

Allá va don Hernando, camino a engullir una buena fabada, es tarde y hace ya hambre. El conquistador va pensando:

¿Cuánto ha que sirves a tu señor por mar y por tierra, días y noches, desvelado y cansado, invierno y verano, en paz y en guerra, y jamás lo viste contento? Has perdido la juventud, la hacienda, las fuerzas y la propia libertad, y te hallas cano, sin dientes, sin bienes, sin contento y sin esperanza; lleno de deudas, de enojos, de enfermedades, de trabajos...

Así, agobiado por deudas y resentimientos, Cortés “acordó salirse de Sevilla por quitarse de muchas personas que le visitaban e importunaban en negocios, y se fue a Castilleja de la Cuesta, para allí entender en su ánima” (Bernal Díaz), y ahí entregó su alma. Corría el viernes 2 de diciembre de 1547. Tenía sesenta y dos años. No más rutinas para él.

(La primera cita es de la biografía de Pirandello de Camilleri, la segunda de *Rebelión en el desierto* de Lawrence, las últimas, claro, de la biografía magistral que del conquistador escribió José Luis Martínez).■